

*Clandestinidad política y represión en la España franquista*

Francisco Erice, *Militancia clandestina y represión. La dictadura franquista contra la subversión comunista (1956-1963)*, Gijón, Ediciones Trea, 2017, pp. 286, ISBN 978-84-8704-990-0

Durante al menos tres lustros, los estudios sobre el comunismo español estuvieron marcados por el libro de Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985)*, publicado por Planeta en 1986 y reeditado en otoño de 2017 por la editorial Akal. Lo cual fue algo historiográficamente inevitable pero, en cierta medida, también limitante. Por lo pronto fue algo inevitable, ya que hablamos de la primera obra sustentada de forma sistemática en las fuentes de archivo del Partido Comunista de España (PCE) y del Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) y construida con el olfato historiográfico

que su autor ha demostrado en otros libros. Y al ser la única síntesis disponible sobre la historia del PCE, se convirtió enseguida en “la” obra de referencia sobre ese partido, con la que todo historiador tenía que confrontarse para iniciar sus investigaciones sobre la trayectoria del comunismo español en los años del franquismo y la transición a la democracia.

Pero también es un libro que, como decía, limitó el alcance de las investigaciones posteriores en tanto que, por ser la obra de referencia sobre el PCE, empujó a muchos investigadores a emplear el mismo enfoque interpretativo que había usado el periodista asturiano, esto es, el de identificar la historia del PCE con el estudio de su dirección, de sus programas y discusiones internas y de las acciones más destacadas que protagonizó. Cae por su propio peso, pues, que en este marco interpretativo el resto de la organización tenía una importancia secundaria o se analizaba siempre y cuando su estudio fuera funcional a la explicación de la actividad de la cúpula dirigente. Como prueba de esta influencia del libro de Morán, un servidor aún recuerda que uno de los relatores del Primer Congreso sobre la Historia del PCE, celebrado en Oviedo en 2004, calificó la mayoría de las comunicaciones recibidas sobre el periodo 1939-1977 de “morianas” y “antimorianas”.

Pues bien, las numerosas investigaciones llevadas a cabo en los últimos quince años se han finalmente desvinculado de este tipo de enfoque para avanzar hacia el estudio integral del PCE/PSUC, es decir, un estudio que explicara la complejidad política y humana de un colectivo que no se reducía a sus dirigentes y que operó en los diferentes ámbitos de la sociedad civil española: desde las fábricas, las universidades y los colegios profesionales hasta las plataformas vecinales, los movimientos feministas y las organizaciones recreativas y culturales. Bastaría con consultar las actas del Segundo Congreso sobre la historia del PCE, editadas en 2010, o la bibliografía citada en la historia del PCE publicada en 2016 por Carme Molinero y Pere Ysàs, para darse cuenta de la riqueza temática e interpretativa que han alcanzado los estudios sobre el PCE/PSUC.

El nuevo libro de Francisco Erice, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, se inscribe plenamente en esta renovación historiográfica. Su objetivo es analizar la represión gubernamental ejercida contra los comunistas españoles en los años 1956-1963; un periodo fundamental tanto para el antifranquismo organizado como para el régimen de Francisco Franco, ya que empezó con las célebres manifestaciones estudiantiles de Madrid, que llegaron a provocar un cambio de gobierno, y terminó con el despliegue del Tribunal de Orden Público (TOP), creado para mejorar la imagen internacional del régimen y que sustituyó a los tribunales militares a la hora de juzgar la mayoría de los delitos de opinión y de acción política.

El libro comienza con una excelente explicación de la estrategia que diseñó Santiago Carrillo una vez que se hizo con las riendas del PCE en 1954-1955. Ésta resultó convincente porque ofreció moderación política sin por ello sacrificar las expectativas rupturistas de los militantes. Más en concreto, si por un lado el partido pregonaba la necesidad de dar vida a una “Reconciliación Nacional” con la cual restañar las heridas de la Guerra Civil, por el otro apuntaló en sus activistas la convicción de que, mediante sacrificios y un trabajo clandestino capilar, se

podía crear un movimiento políticamente incluyente que, bajo la forma de una “Huelga Nacional Pacífica”, provocaría la caída de la dictadura. En definitiva, la propuesta del partido se basaba sobre todo en la voluntad de sus afiliados para crear una acción concreta e incisiva. Quien entraba en la organización, sabía que podía contribuir con su práctica en determinar el curso de los acontecimientos.

Y de este partido, como no podía ser menos, se defendió una dictadura que, a partir de finales de los cincuenta, dio inicio a una liberalización económica mediante la cual ganar respetabilidad internacional y acercarse a los países de la Comunidad Económica Europea. Erice subraya justamente que ese fue el momento en que la clase política franquista comenzó a pasar de una “legitimación de origen” (el régimen era legítimo en tanto que fruto de una “Cruzada” contra los enemigos internos de España) a una “legitimación de ejercicio” (el régimen era legítimo en cuanto portador de paz, orden y creciente bienestar material). Dicho con otras palabras: el régimen se legitimaba por lo hacía en los años sesenta, y ya no tanto por lo que hizo en 1936-1939. De modo que, para justificar su acción represiva y antidemocrática, intensificó su discurso de oposición al comunismo con vistas a congraciarse con los gobiernos occidentales, entonces enfrentados a los países del “socialismo real”, y modificó lentamente su legislación punitiva con el fin de darle un aire garantista. Un cambio, este último, no siempre coherente y que, hasta la creación del TOP, permitió al aparato policial actuar según una “controlada arbitrariedad” (p. 64) cuya eficacia está fuera de toda duda: entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la Policía y la Guardia Civil consiguieron dismantelar a numerosas células comunistas y a comités provinciales enteros. Lo cual, a su vez, obligó al PCE a pensar más y mejor sobre la estructura del partido. En efecto, la nueva dirección comunista partió de la premisa de que el fortalecimiento del partido dependería de su capacidad para hacerse más horizontal –a través de una red de comités regionales y provinciales dotados de más autonomía decisional–, más joven y más ligado al mundo de la producción y mejor formado políticamente. Aunque Erice haga bien en tomarse *cum grano salis* los datos –siempre generosos– que entonces manejaba el Comité Ejecutivo del PCE en lo tocante al aumento de la afiliación, es cierto que las nuevas directrices sobre organización mejoraron el trabajo y la consistencia numérica del partido y le ayudaron a aguantar mejor los azotes represivos del gobierno.

La segunda parte del libro está dedicada a analizar los eslabones de la cadena represiva por los que podía pasar un militante atrapado por las fuerzas policiales; a saber: la detención, los interrogatorios y las torturas, el proceso, la cárcel e, indirectamente, la campaña de amnistía que el partido organizaba dentro y fuera de España. Claro está que no todos los detenidos experimentaron cada una de estas etapas. Aunque carezcamos de datos precisos, sabemos que un buen porcentaje de ellos no llegó a ser procesado. Aún así, la cadena represiva tenía que ser estudiada en su totalidad y, al respecto, Erice no defrauda y formula las preguntas pertinentes: ¿cómo “caían” los militantes? ¿Quiénes los interrogaban y torturaban? ¿De qué manera se defendían ante los jueces militares y aprovechaban su defensa para lanzar mensajes políticos? ¿Cómo se desarrollaba su vida en la cárcel? ¿Y de qué modo el partido los ayudaba desde fuera? El autor ofrece

sólidas respuestas a cada una de estas preguntas a través del análisis de las memorias de militantes represaliados y, sobre todo, del fondo “Represión” del Archivo Histórico del PCE. E hilvana sus reflexiones historiográficas apoyándose en la sociología y la antropología históricas. Me explico. Por un lado, individúa las clases sociales de los represaliados y proporciona datos interesantes acerca de su condición laboral. Por el otro, se adentra en el estudio de sus actitudes ante la represión y el cautiverio, en sus rutinas clandestinas y dinámicas familiares, en las cuestiones de género y en la sexualidad de los activistas, etc. En suma, el libro dibuja, con mano segura, tanto el horizonte mental como las problemáticas materiales y afectivas de la base comunista. Aunque ya disponíamos de estudios sobre estas cuestiones, el de Erice es el más exhaustivo.

Por otra parte, y esta es una novedad que hay que destacar, el libro combina el estudio de los militantes detenidos con un intento de descripción de los profesionales que trabajaban en la ya citada cadena represiva, es decir, los policías, los jueces y los funcionarios de prisión. Hablamos de figuras a veces inquietantes, que a menudo carecían de la formación profesional adecuada y que casi siempre eran afectos al régimen. Por supuesto, se trata de descripciones basadas en los testimonios de las víctimas, y por tanto incompletas, pero que servirán para realizar una historia de los cuerpos policiales y judiciales bajo el franquismo, de la que todavía carecemos.

Desde un punto de vista emotivo y político-intelectual, la mirada con la que Erice observa a los militantes represaliados por la dictadura es –como es natural al tratarse de personas que lucharon contra un sistema injusto – cercana y solidaria; pero su relato en ningún momento cae en la épica o en el martirologio. Al tiempo que resalta el valor físico e moral que demostraron muchos militantes comunistas, el autor no esconde ni quiere juzgar la debilidad de aquellos otros que, no pudiendo aguantar los malos tratos recibidos en las Jefaturas de Policía y en los cuarteles de la Guardia Civil, delataron a sus compañeros. Y tampoco oculta las pulsiones sectarias que recorrieron, con mayor o menor intensidad, las organizadísimas estructuras que el partido supo montar en las cárceles del país. Con todo, de la lectura del libro emerge, por lo menos como tendencia general, una imagen del militante arrestado y/o encarcelado parecida al autorretrato que hizo Antonio Gramsci en una carta enviada desde la prisión fascista en 1928: «Yo no quiero hacerme el mártir ni el héroe. Creo ser simplemente un hombre medio, que tiene convicciones profundas y no las cambia por nada al mundo».

Eso sí, soy de la opinión de que a Erice se le escapa una cuestión inherente la represión contra los comunistas que habría merecido algunas consideraciones. Me refiero a la costumbre del PCE de promover a puestos de responsabilidad a militantes que habían demostrado valentía en los interrogatorios, en la cárcel o en el exilio. No sin razón, el partido consideraba que a un militante de ese tipo se le podía confiar la seguridad de otros camaradas. Pero el punto es otro: ¿un gran resistente ante la represión tenía, al mismo tiempo, todas las cualidades para convertirse en un dirigente político solvente? No creo que sea una pregunta baladí. Porque tener coraje o aguante físico no es necesariamente sinónimo de buena capacidad organizativa. En el caso del PSUC clandestino, que es el que conozco mejor pero que no debió de ser diferente del PCE, la dirección

incorporó al Comité Ejecutivo sólo a aquellos activistas que habían pasado por el exilio y la cárcel o que, como en el caso del filósofo Manuel Sacristán, habían visto su carrera académica truncada a causa de su antifranquismo. Sólo en 1976, cuando ya se avizoraba el cambio político en España, el PSUC incorporó al máximo órgano de dirección a un militante como Rafael Ribó, que nunca había experimentado en carne propia la represión. No descarto en absoluto que esta manera de seleccionar a los cuadros políticos fuera inevitable en un contexto de clandestinidad exigente, ni quiero minusvalorar a los militantes comunistas que ocuparon puestos de dirección en los años de la dictadura. Pero, si miramos el asunto con serenidad y la ventaja con nos da el tiempo pasado, hay base para afirmar que el partido renunció a promover a militantes muy preparados que tuvieron la suerte de esquivar la detención policial y que habrían aportado tanto o más que otros cuadros fogueados en la represión.

Dicho esto, y para concluir, creo que Erice ha confeccionado un libro importante, cuyo mayor mérito es recordarnos que el de la represión franquista no es un tema cerrado, y que se puede volver a escribir de él con originalidad intelectual y talento narrativo. Su enfoque metodológico inspirará, a buen seguro, otras investigaciones sobre la represión franquista contra el mundo libertario y los partidos políticos más moderados. Y su relato interesará a todos aquellos historiadores que se ocupan de la fenomenología política del franquismo.

Giaime Pala